

EL LUGAR de los POBRES en la IGLESIA *

José M. Castillo, S.J.

Introducción

Antes de entrar a fondo en el problema, hay que decir dos cosas claramente por honestidad y justicia.

1. En la Iglesia siempre ha habido y sigue habiendo muchísimas, personas, grupos, instituciones, organismos de toda índole y procedencia, que no sólo se han preocupado por los pobres, sino, sobre todo, que han entregado su vida entera a defender a los últimos de la historia, jugándose sus bienes más queridos, su instalación, su prestigio, su seguridad, todo lo que un ser humano se puede jugar en este mundo. Destaquemos entre ellos a tantos sacerdotes, religiosas y religiosos, voluntarios seculares, ONGs, gentes de diversas creencias y colores.

2. La autoridad eclesiástica, desde hace más de un siglo, ha venido elaborando una «doctrina social», que, sobre todo en los últimos treinta años, ha alcanzado formulaciones acertadas y fuertes, en defensa de los pobres: sus derechos, sus libertades, su dignidad, reclamando reformas profundas en la economía mundial y denunciando los constantes atropellos que se cometen contra los seres más indefensos de este mundo. Además – y sobre todo – está la constante predicación del Evangelio, que la Iglesia hace en el mundo entero.

Estos dos datos no se pueden negar. Y sin embargo, hay razones muy fuertes que obligan a preguntarse: ¿tiene la Iglesia resuelto el problema de lo que significa y exige su relación con los pobres?

1. ¿Qué lugar ocupan los pobres en la Iglesia?

En teoría, la respuesta es clara. Los pobres son, para la Iglesia, lo que fueron para Jesús: los preferidos, los más importantes, los primeros. Pero eso es teoría. Porque en la práctica, todos sabemos que, con frecuencia, las cosas funcionan de otra manera.

Por ejemplo, ¿qué lugar ocupan los pobres, tantas veces, en las ceremonias eclesiásticas? Seguramente están pidiendo limosna en la puerta del templo. Desde luego, no suelen estar en los primeros puestos. Y menos aun en el presbiterio. ¿Qué harían allí? Probablemente arrodillarse. ¿Qué lugar ocupan en las reuniones o en los encuentros eclesiales? ¿Qué lugar se les concede en los proyectos pastorales, en los sínodos diocesanos o, más que nada, en los altos dicasterios de la curia romana?

La carta de Santiago denuncia severamente a los que sientan a los pobres en peor lugar que a los ricos (Santiago 2,1-4). Y en los evangelios, Jesús rechaza, con palabras durísimas, a los que pretenden situarse los primeros (Mc 10,37-40; Mt 20,21-23; Mc 9,35; 12,38-39; Lc 20,46, 11,43). En la comunidad cristiana, al contrario, la tendencia dominante tendría que ser irse derecho al último sitio (Lc 14,7-11) o estar en el banquete, no sentado cómodamente, sino

* Tomado de: José M. Castillo, S.J., «Escuchar lo que dicen los Pobres a la Iglesia», *Cuadernos Cristianisme i Justícia*, n.88 (marzo 1999), pp.32.

sirviendo a los demás (Lc 22,27). Naturalmente, un radicalismo así, no puede durar mucho tiempo en la Iglesia, sobre todo tal como la Iglesia se organizó a partir del siglo cuarto. Los pobres volvieron a su sitio, el último. Y los notables recuperaron su lugar preferente.

2. ¿Qué influencia tienen los pobres en la Iglesia?

¿Qué influencia tienen los pobres en las decisiones importantes que se toman en la Iglesia? ¿Se les consulta, en este sentido? ¿Se tiene en cuenta su punto de vista? ¿Se piensa siquiera que semejante punto de vista puede ser importante? ¿Se llama a los pobres para que opinen cuando se trae entre manos un asunto de cierta envergadura? ¿Pueden, de hecho, opinar los pobres cuando se trata de nombrar a un párroco, de designar a un obispo?

¿Qué influencia tienen los pobres, no ya en las decisiones de la Iglesia, sino, sobre todo, en el pensamiento que se enseña y hasta que se impone a los creyentes? Dicho más claramente, ¿qué influencia tienen los pobres en la teología? Es decir, ¿influyen los pobres en la manera de entender a Dios, de interpretar el Evangelio, de explicar en qué consiste la salvación cristiana?

Ahora bien, lo sorprendente es que, según Jesús, los que no se enteran del asunto de Dios son los «sabios y entendidos», mientras que quienes lo comprenden son, literalmente hablando, «los que no tienen nada que decir», ya que eso, ni más ni menos, significa el término que utiliza el evangelio: *nepioi*¹. Habría que estar ciego para no darse cuenta de que, en realidad, lo que Jesús hace, al decir lo que acabo de indicar, es poner radicalmente en cuestión nuestra teología. Porque la pura verdad es que la teología, que se hace en la Iglesia, es la que elaboramos los que nos consideramos sabios y entendidos, mientras que, en esta manera de pensar y de hablar, siguen sin tener nada que decir los *nepioi*, o sea los que, según Jesús, entienden del asunto.

En el fondo, se trata de comprender que el Dios, que se revela en Jesús, es un Dios que no se alcanza ni por el esfuerzo humano, ni por el estudio, ni por la especulación de los hombres más geniales.

Entonces, ¿quiénes son los que entienden de las cosas de Dios? Parece que no son ni los «intelectuales», ni los «poderosos», ni la gente de «buena familia» (1Cor 1,26). Y para que no queden dudas, a continuación san Pablo da la lista: «lo necio del mundo se lo escogió Dios para humillar a los sabios: y lo débil del mundo se lo escogió Dios para humillar a lo fuerte; y lo plebeyo del mundo, lo despreciado, se lo escogió Dios: lo que no existe, para anular lo que existe» (1Cor 1,27-28).

La pregunta inevitable es: el saber de Dios, la teología, ¿es algo resuelto en la Iglesia? Desde el momento en que los pobres no han tenido, ni tienen, nada que decir sobre este asunto ¿no nos hemos privado de la fuente más determinante del conocimiento y de la comprensión del Evangelio?

¹ Por eso, el término *nepios* se suele traducir por «niño» o «pequeño». En realidad, es *né-epos*, o sea *in-fans*, el que no habla. Cf. M. Zerwick, *Analysis Philologica Novi Testamenti Graeci*, p. 28.

3. ¿Los pobres vistos como un peligro para la Iglesia?

Seguramente para no pocas gentes del «mundo eclesiástico», los pobres son vistos como un peligro para la Iglesia.

Durante siglos, los pobres han sido objeto de ayuda y limosna en la Iglesia. Pero nunca habían sido sujetos de decisiones y de pensamiento. Ahora bien, en los últimos treinta años, se ha producido el cambio. Primero Juan XXIII empezó a hablar de la «Iglesia de los pobres». Aquellas palabras nos gustaron a algunos de nosotros, pero sabemos que hubo profesores de eclesiología que se reían (literalmente) de esa expresión.

No resulta difícil adivinar lo que ya resultó desagradable, y seguramente hasta molesto, para algunas personas. Porque un Jesús, que viene del cielo, es admirable, sublime y todo lo que se quiera. Pero un Jesús, que viene de los pobres, ni admira, ni sublima, sino que probablemente inquieta y, en cualquier caso, plantea muchos interrogantes.

Pero la cosa se terminó de complicar cuando, allá por los primeros años setenta, apareció una teología que puso a los pobres justamente en el centro mismo de sus preocupaciones, de sus problemas y de las soluciones.

Durante siglos, muchos siglos, la teología no se ocupó de los pobres nada más que para medir la cantidad de limosnas que los ricos tenían que dar a los necesitados, a fin que los ricos se quedaran tranquilos en su conciencia; o para exhortar a los pudientes a ser generosos con los desgraciados de esta vida.

Ahora, lo que difícilmente cabe en la cabeza es que, cuando por primera vez en la historia, una teología se atreve a decir que los pobres tienen una palabra decisiva en el asunto de Dios, cuando se afirma que los pobres tienen que ser oídos, de manera que desde ellos hay que repensar el saber teológico.

Esta ha sido la ocasión de que se organizara el gran escándalo en no pocos ambientes eclesiásticos: obispos asegurando que esa teología divide a la Iglesia, teólogos disparando sus baterías más pesadas contra lo que consideran la perversión mayor de la teología. Todo esto se ha convertido en parte integrante de la «doctrina oficial» contra la Teología de la Liberación. Sin duda alguna, la corta historia de la teología de la liberación, es la prueba más patente de que, para muchos «hombres de Iglesia», los pobres son un verdadero peligro, cuando los pobres se toman en serio y con todas sus consecuencias.

4. No es un problema dogmático, tampoco meramente económico, es un problema que toca en el fondo de la condición humana

Jesús vivió (desde el principio al fin) en lo marginal de la sociedad. Se dice de Él que nació en un establo y murió en una cruz. Ahora bien, hablar de marginalidad es hablar de algo que toca fondo en la condición humana. Porque lo peor que lleva consigo la marginalidad es la indignidad: carecer de los derechos que otros tienen; y no merecer el respeto que merece toda persona normal. Por eso la indignidad es lo peor que lleva consigo la pobreza. O mejor dicho, la indignidad es peor que la pobreza misma. La gente suele decir: «pobres, pero honrados». Porque la honra y la dignidad es lo más grave y lo más delicado que se puede perder. O dicho de otra manera, la honra y la dignidad es lo que más apetece todo ser humano.

Más aún, si los seres humanos apetecemos tanto el dinero, no es sólo ni principalmente por las ventajas materiales que proporciona. Las personas y las instituciones apetecen, sobre todo, el dinero por la seguridad, el poder, la influencia, la prepotencia, el «status social», la respetabilidad y, en definitiva, la fuerza de hechizo que ejerce en nuestra sociedad.

Nuestra cultura, se centra en torno a la economía, mientras que el valor determinante, en la cultura del tiempo de Jesús, giraba en torno al honor. A partir de este estado de cosas, se comprende por qué Jesús se solidarizó con grupos de personas que, en aquella sociedad, eran exactamente las gentes más marginales del sistema: los más explotados, los más despreciados, incluso (cuando se trataba de los publicanos y pecadores) los más odiados; en cualquier caso, los que no representan nada ni podían decir nada en aquella cultura. Y por eso también se comprende por qué Jesús se enfrentó con los cuatro grupos que marginaban, despreciaban y odiaban a los anteriores.

5. Los «hombres de la religión» y los pobres

Sería necesario estar ciegos, para no ver el peligro constante, que amenaza a los «hombres de la religión». Es frecuente encontrar personas que interiorizan de tal forma las creencias y las prácticas de la religión que, en concreto, resulta lo siguiente: son personas que se sienten seguras de sí mismas, a veces con tal seguridad, que por nada del mundo cambiarían la más mínima de sus convicciones religiosas. Además, precisamente porque se consideran en posesión de la verdad intocable, esas mismas personas, sin darse cuenta, abrigan y hasta defienden celosamente un oscuro (pero muy real) sentimiento de superioridad, sobre todo cuando dan gracias a Dios de haberlas preservado de la desorientación y corrupción que hay en este mundo.

Por ejemplo, no es raro encontrar «hombres de Iglesia» que se impacientan y hasta se irritan por el simple hecho de una norma litúrgica, que se deja de cumplir exactamente en la misa, mientras que, al mismo tiempo, ni se preocupan, ni se acuerdan y, por supuesto, no se irritan por el hecho de que haya gente sufriendo y hasta muriéndose de hambre o de abandono cerca, quizá muy cerca, de donde está pasando lo de la misa.

Otro ejemplo más elocuente, tiene que ver con la manera de abordar el tema de los pobres y la pobreza, en los ambientes religiosos. Si se habla de ayuda y de limosnas está muy bien. La situación desagradable se produce cuando el tema se trata «con cierta profundidad». Es decir cuando no nos quedamos en la «ayuda» y la «limosna», sino que vamos al fondo de las cosas. Don Helder Camera, el gran obispo-profeta de Brasil, solía decir: «cuando doy limosna a un pobre, me llaman santo; si pregunto por qué es pobre, dicen que soy comunista». Porque, es claro, hablar de los pobres «a fondo», es hablar de la economía, de la política. Y esto nos lleva enseguida a pronunciarnos sobre las derechas y las izquierdas, los socialismos, las dictaduras y las democracias, el capitalismo, el neoliberalismo, las revoluciones y las guerras. El tema de los pobres suele resultar conflictivo y puede terminar crispándonos a todos.

Para Jesús, hablar de «pobres» era hablar de gentes «débiles» y «marginales». Y era hablar de esas gentes situándolas en el centro mismo de la vida, en el primer plano de sus proyectos y preferencias. Ahora bien, eso exactamente es lo que, a los «hombres de la religión», nos resulta «locura» y «escándalo». Porque no toca, ni solo ni principalmente, a nuestros bolsillos, sino sobre todo, a nuestra dignidad, a nuestro nombre y, más que nada, a nuestra respetabilidad y nuestros pretendidos poderes.

Por eso, en los ambientes eclesíasticos, hay mucha gente dispuesta a «ayudar» a los pobres, incluso dispuesta a «evangelizar» a los pobres. Pero, seamos sinceros, ¿cuántos «hombres de Iglesia» estamos realmente convencidos de que tenemos que «aprender» de los pobres? ¿Qué nos pueden «enseñar» ellos a nosotros, sobre todo en asuntos tan «técnicos» como es lo de Dios, lo de Jesús, lo del Evangelio? ¿Cuántos dirigentes, en la Iglesia, están de verdad dispuestos a pedir consejo y asesoramiento a los pobres? Más aún, ¿a quién se le pasa por la cabeza que los pobres (¡de la manera que sea!) tendrían que ser corresponsables en el gobierno de las parroquias, de las diversas diócesis, de la Iglesia entera?

Preguntas de este tipo parecerán a muchos «hombres de religión» radicalismos sin pies ni cabeza, un «peligro» para La Iglesia. Sencillamente, porque darles la palabra a los pobres, conceder protagonismo a los pobres, pretender que la sociedad y las instituciones (incluida la Iglesia) se organicen en función de los criterios y los intereses de los pobres, son cosas que ponen en cuestión nuestra pretendida seguridad, nuestra conciencia de superioridad y nuestro mal disimulado desprecio hacia todo lo que es marginalidad y debilidad en el sistema.

Cuando Jesús les dijo a los «hombres de la religión» de su tiempo que «los publicanos y las prostitutas entran antes que vosotros en el Reino de Dios» (Mt 21,31), cometió una terrible imprudencia. Porque, además de insultar a aquellos hombres respetables, puso lo de la religión al revés. (Y esto, para los inteligentes, es algo inconcebible). Y eso es lo que, por lo visto, no nos entra en la cabeza.

6. Los pobres y la Iglesia: un problema no de personas, sino de estructuras eclesíasticas

Por otra parte, los «recelos» y hasta los «miedos» de la institución eclesíastica a los pobres, a las gentes marginales del sistema, se manifiestan también de otra manera: en la abierta resistencia de los dirigentes eclesíasticos a que los pobres intervengan, participen o se sientan corresponsables en el gobierno de la Iglesia.

De ahí, el rechazo de la institución a lo que, en el fondo, han representado, en los últimos treinta años, las Comunidades Eclesiales de Base y sus propuestas de una Iglesia «de los pobres», una Iglesia «del pueblo» o cosas parecidas. Que sepamos, estas comunidades jamás han pretendido organizar una Iglesia «paralela». Jamás han querido constituirse en «sectas». Jamás han rechazado la autoridad de los obispos. Entonces, ¿a qué vienen los miedos y los recelos de la institución ante las gentes más desgraciadas de este mundo?

Cualquier manual de historia de la Iglesia informa abundantemente de que en ella han influido (más de lo que imaginamos) emperadores, señores feudales, reyes y magnates, gobernantes y políticos, dictadores y hasta tiranos con las manos manchadas de mucha sangre humana. Con demasiada frecuencia, se toleraron esas cosas y hasta se vieron con buenos ojos en altas esferas del poder eclesíastico².

El intolerable problema, se ha planteado cuando han sido los pobres, los miserables de este mundo, los que han pretendido cometer la osadía de decir ellos su palabra, de participar (siquiera de alguna forma) en las decisiones parroquiales o en la orientación general de las

² Para citar sólo un triste ejemplo reciente: el Vaticano fue el único estado en el mundo que reconoció el gobierno militar que destituyó el presidente de Haití, J. F. Aristide, democráticamente elegido.

diócesis. Cuando ha ocurrido eso, se ha encendido la luz roja de alarma y se han puesto todos los medios necesarios para frenar semejante peligro. Por eso, entre otras cosas, se ha visto, en la teología de la liberación, una amenaza tan grave. Por eso, se ha hecho lo posible por frenar o modificar la influencia del CELAM en América Latina. Por eso, los nombramientos de obispos se han preparado con un criterio selectivo, en orden a que no se repita lo de Medellín, ni siquiera lo de Puebla. En fin, está visto (lo que está pasando en la Iglesia lo demuestra hasta la evidencia) que los pobres son vistos, por hombres influyentes en la institución eclesiástica, como un peligro serio que amenaza a la Iglesia.

Entonces, por más que todo esto se revista e incluso se mistifique de «religión» y hasta de «servicio a la Iglesia», nos encontramos con la reproducción exacta de aquello con lo que se enfrentó Jesús. Sin duda alguna, porque en ello vio el peligro más grave para la humanidad. De ahí nace el desprecio concreto y práctico hacia lo débil de este mundo. Es decir, ahí exactamente tiene su punto de partida la tragedia y la muerte de los pobres. Hasta ese punto es decisiva la relación de los pobres y la Iglesia.

7. Conclusión

¿Qué piden los pobres a la Iglesia? ¿Qué desafío le plantean para el nuevo milenio? Resumamos lo que hemos ido encontrando:

En primer lugar, que no les tenga miedo, que no les desconsidere a la hora de pensar, decidir, actuar, enseñar, etc.

Que les dé, como mínimo, tanta beligerancia y tanta audiencia como presta a muchos poderosos de este mundo (ricos, sabios, gestores de este orden presente...). Como mínimo, tanta. Debería otorgarles mucha más.

Que los haga, no sólo sujetos pasivos de su atención, sino sujetos activos: encaminándose a hacerlos presentes en sus centros de análisis y de decisión, etc.

Que no persiga y maltrate a todos aquellos que optan por los pobres (con todas las consecuencias que eso lleva consigo) y tratan de construir un mundo menos cruel y menos injusto para con ellos.

Y que, convertida a Dios, no ponga su seguridad más en el apoyo ambiguo de los poderes de este mundo, que en el apoyo débil de los pobres. Y sepa que, si esto le crea problemas, también se los creó a su Fundador.

José M. Castillo Sánchez, S.J.
Comunidad Pedro Arrupe
Paseo de Cartuja 35, 3º
18012 Granada
ESPAÑA

+34 958 151 440 (fax)
<pcastillo@probesi.org>

+ + + + +